

McCULLIN Y PELLEGRIN: LA VIOLENCIA DESMEDIDA DESDE LA FOTOGRAFÍA DE AUTOR

Fernando Portillo Guzmán

Universidad de Cádiz

1.- A modo de introducción

Allá ya y todavía acá, esto todo. Todo esto es delicado en grado sumo. Comencemos pues, sin un grado obtuso, delicadamente. Pasos cortos y continuos, en orden ascendente, con un método asaz promovido en razones u oraciones íntimas. Bien sabido es que todo el que reza, en alta voz, *ora*; viceversa no cúmplase, sin voz alguna. Ora la pluma, ora la espada. Cortemos la tarta, sonriendo.

Y otra vez acá, ante ti, desconocido lector de textos perdidos. Y ahora estamos, a solas, ante el arte de la muerte violenta con los calzones bajados. Trataremos de subirlos, lo estrictamente necesario, para no orear vergüenzas por doquier. Puesto que para perder la dignidad siempre queda tiempo.

Dignos principios, los de la supervivencia. Precios variables por la vida de los otros; la nuestra es incalculable definitivamente, o eso pudiera parecer. Violentos sin fronteras, en cada patria. La violencia puede estar, y está de hecho, a la vuelta de la próxima esquina, en el bareto favorito visionando un partido de balompié de la liga de campeones, en casa de la vecina de abajo, en la caja tonta cada día de informativos pesados o en la sopa boba que ofertan los politicuchos al populacho en época de elecciones.

Pero no mezclemos churras con merinas. Pan y circo, pero cada uno a lo suyo. Para ti, querido amigo desconocido, la lucha diaria, el sobrevivir en la jungla del asfalto de continuo, la agónica batalla con la competencia, el temor al abandono amenazante o el hartazgo ante la mediocridad imperante son motivos más

que suficientes como para aprender algo de los que menos privilegios disfrutaban por otros andurriales. Aprender es siempre algo barato, gratuito muchas veces, que no impone trabas impositivas ni recursos de amparo descorazonadores; hender una traza de conocimiento, selecto bastante, hartó sensible e intelectual en suma.

Nuestra cultura, y la de la mayoría de las naciones civilizadas, es pacífica. Respetar al vecino es una de las bases del desarrollo económico. Si no agredo al tipo que pasa ante mí cada mañana con sonrisa bobalicona, el gachó probablemente, no me agradecerá la próxima vez que nos crucemos y la sonrisa bobalicona se la devuelva yo de igual guisa. Y, tal vez, él o yo seamos habituales clientes, en algún momento indeterminado, el uno del otro. Paz y orden económico caminan, generalmente, de la mano. La foto de ambos suele plantearse en colores saturados y con gamas cromáticas sencillas.

Los problemas surgen cuando alguien resulta dañado en una relación desequilibrada. Al acto de la agresión, conducta aversiva de partida, suele sucederle otro de igual intensidad en sentido contrario, y la espiral no deja de autoalimentarse como un organismo monstruoso e ingobernable. Ese organismo monstruoso amenaza a cualquier civilización, que se precie de serlo, de manera logrera, cobarde y ladina, causando inmensos escarnios e indignantes ludibrios. Agresión tras agresión se va construyendo el infierno terrenal, en cómodos plazos a abonar cada inicio mensual. La foto de esta situación, por el contrario, suele abordarse en blanco y negro, con negros densos y grises muy grises.

Violencia por bandera. Las banderas de colores y las banderas de oración, a la hoguera sin dilación. Violentas conductas materializadas por tipos, y tipas veces a, que campean a sus anchas fuera del Derecho, lejos de la razón y distantes de la civilización. Todo un fundamento para el desamor fraterno, eterno dolor desatado y solemnes juramentos sin sentido.

Sentidos los términos, la violencia queda como un caldo de cultivo ideal para el dolor infinito, la eterna vergüenza, el grito ilimitado, la torpe venganza, el odio brutal y la muerte salvaje. Los términos sentados dejan las orondas posaderas apretadas e incómodas, minutos varios. La *violencia* nos queda, entonces, cual cancha ancha de juegos peligrosos, cual la simple calidad del violento, cual la efervescente acción de violentar y los consiguientes efectos de violentarse, cual el acto amorfo contrario a las normales o naturales formas de proceder. El *violento* es el tipo, o tipa, que está fuera de su estado normal, natural, alejado de su modo o situación habitual, obrando con fuerza o ímpetu desaforado y dejado de la mano salvaje de la ira. Genio arrebatado e impetuoso; mal genio carente de toda genialidad. El *violador*, dolorosamente vinculado con los previos términos, es el tipejo que violentamente viola a una mujer, obviamente contra su voluntad o careciendo ella de sentido *-violar* es, en última instancia, infringir o quebrantar un precepto o ley-. Pérfido momento para ajar o deslucir algo. O el momento apropiado para que un caballero armado con una máquina que dispara, sin matar, haga sus fotografías oportunas.

Violencia y fotos de autor, casi nada monada.

2.- Sobre la violencia

Sobre eso toca ahora escribir un poco. Sin esfuerzos rancios, sin profanaciones desalmadas, sin desánimos bizarros. Retozar con las ideas, susurrando términos cálidos o angostos para atablar estructuras de pensamiento límpidas. Toca reflexionar quedamente. Desde los tipos normalizados de un procesador de textos efectivo, efímero puede que, y con la sana manzana del silencio blanco. El temporal arreciará temprano o tarde.

Profanar un lugar sagrado, sin ánimo de lucro; tener acceso por fuerza con una mujer, o infante, sin re-sentimientos ni profundas sensaciones de culpabilidad. Violar como ningún otro animal es capaz de hacer. Carniceros del sexo desequilibrado, que no celebran interesantes congresos anuales por no chupar cámaras *-¿de volátil gas letal?-. Suministradores falaces de medios violentos a inocentes seres vivos, u objetos, con la*

intención de vencerlos, más sin tal logro íntimo. Violentar, más jamás cantar victoria sobre el, o lo, violentado. Violentos sindicados a veces y sin número de serie, falsos sin catalogar, torcidos hasta insospechados límites, anormales elementos fuera de lo natural. Elementos de poder físico desajustado y de poder mental anulado. Violáceas almas en justa pena eterna, al no superar grácilmente el Último Juicio. Un grupito encantador, el suyo, el de los violentos sin fronteras.

Juicios últimos sin prejuicios altaneros. Aquellos que se sirvan de la violencia para superar sus paupérrimos complejos, pasarán por los tribunales, en los cuales tribunales, magistrados y fiscales supremos, dictarán sentencias absolutas e irrevocables contra ellos. La razón juiciosa suele triunfar hasta en el fondo del abismo mismo. En la voz de don Miguel¹:

Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad de ésta. Mas he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible. El escepticismo, la incertidumbre, última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza.

Y es obvio que la anhelada inmortalidad humana, y animal, no se consigue a golpes despiadados sobre el hermano, el animal de compañía o los platos de la sevillana vajilla regalo de boda de la suegra. La violencia, por definición, nunca es ni puede llegar a ser razonable. Justicia y violencia jamás llegarán a abrazarse como hermanas de madre, ni de padre. El trágico y doloroso abrazo de la sentencia judicial trata de materializarse con la certidumbre, con la ley y con la razón juiciosa, valga la justa redundancia. Agreguemos, junto al erudito de arriba, que aunque el razonable escepticismo siempre está presente, cual desagradable mosca detrás del pabellón auditivo, la esperanza en un vital sentimiento de justicia pacífica puede presentarse a intervalos cada vez mas cortos.

Menos mal que no somos inmortales, aunque la taimada violencia, que habitualmente nos acompaña cogidita de la mano, aparente serlo a su modo intemporal y en el desarrollo de su dilatada evolución histórica. Afortunadamente somos mortales, por la gracia del Arquitecto Supremo del sistema, que continúa moviendo sus delicados y poderosos dedos sin sentir, y esa es la mayor bendición para los que somos, y seremos siempre, no-violentos -frente a los que sí lo son mucho, uséase frente a los muy violentos-; probable resulta. Los urdidores de actos salvajes acabarán, aunque les pese, bajo tierra y rindiendo cuentas por las urdiduras efectuadas. Los tejidos acaban deshilachándose con el tiempo, el uso y las modas. Usantes de la no-violencia también acabaremos allá, rendidos, desvestidos y serenos, pero las penas serán menores, o eso parece.

Aparece otra actriz protagonista en el reparto de la presente obra: la guerra. Guerra suprema, do la haya. El máximo exponente de la violencia, ayer, hoy y mañana por la idem, es la guerra guerra. Unas livianas notas sobre ella. Sin reparos, sin dudas y sin simpatías, las guerras llévanse por delante, y por detrás, cientos de vidas², humanas, animales y/o vegetales. El apartado, manténgase lo mas apartado posible, resulta descomunal en los capítulos toscos de la Historia Universal, en todas las culturas, tiempos y lugares, por desgracia para nosotros³, pero como docta enseñanza dolorosa de lo no meritório.

1) Miguel de Unamuno en el clásico *Del sentimiento trágico de la vida*, pág. 112.

2) En el momento de redactar el presente artículo -finales de Marzo del 2008-, la cifra de militares norteamericanos muertos en la guerra de Irak supera los cuatro mil efectivos; la de civiles supera los 85.000; y algunos pocos pobres políticos siguen justificándola...?????

3) Aunque sea asaz indignante y dolorosísimo, en grado superlativo, es menester recordar las dos máximas carnicerías de la histórica Historia reciente: Hiroshima y Nagasaki, Japón.

Las guerras no son cosa de niños; aunque quienes las desarrollan pudieran parecerlo. Sirven, entre otras cosas, para limitar el crecimiento desmesurado de la población, para relanzar la actividad económica, para modificar las estructuras políticas, para generar multitud de mutilados físicos y psicológicos, para aumentar los colaterales daños, los impuestos, el hambre, la destrucción y las miserias mas bajunas de los partícipes, y, en definitiva, para degenerar a la humanidad toda. La guerra, no lo olvidemos, era una de las cooperantes del famoso cuarteto apocalípticamente⁴ llamado *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1921), tan temido durante siglos en las tertulias de las tardes lluviosas de la Vieja Europa cristiana⁵. Recordemos las bíblicas palabras selladas⁶: “Se les dio poder sobre la cuarta parte de la tierra, *para matar con la espada, con el hambre, con la peste y con las fieras de la tierra*”. En el turbador último grupito, entran todos los violentos que a sus anchas pululan por el esférico azulado planeta. Tela marinera en un día de ventisca desmelenada.

Recuperemos ahorita el perdido resuello, que nos es tan familiar y resultón. Es horroroso, pero el horror vende lo que no está en los escritos y sí en los oscuros pensamientos del común. Dice Gustav Seibt⁷:

(...), la visión de los sufrimientos representados cambia considerablemente si sabemos quién los ha escrito. Adquieren entonces un lugar en la vida, un contexto que pueden continuar generaciones futuras. Entonces no es el horror en sí lo que nos ocupa, sino la persona que lo sufrió. Entre los peligros de la recepción de las atrocidades del siglo XX se cuenta el que puedan convertirse en objeto de una vulgar estética de la curiosidad, un estupor ante lo horroroso que sirve al observador posterior sobre todo para probar sus nervios. El modo en que Jörg Friedrich ha presentado los horrores de la guerra aérea -y que no casualmente ha resultado ser idóneo para la prensa amarilla- lo ha subrayado recientemente. Su objetivo era sacar el bombardeo extensivo, e intensivo, y los ataques aéreos masivos de su contexto político-militar y mostrar los horrores de forma “desnuda”. Surgió así una epopeya que estilísticamente recuerda a la obra *Tempestades de acero* de Ernst Jünger y que se puede leer con una curiosidad que lo transforma en estética.

Aceradas tormentas para los inocentes. Enterremos entonces, a pesar del horror soportado, la atroc y vulgar estética de la curiosidad. Y jamás estimulemos nuestros machacados nervios contemporáneos con semejantes pruebas al límite de la paranoia. Los incontables “ataques masivos” que vayan siempre, defini-

4) La palabra *Apocalipsis* es de origen griego y, en esencia, se redefine como “la revelación”; supone, de hecho, una revelación hecha por Dios a los hombres. Revelación de cosas ocultas y conocidas, como es divino menester, sólo por Él, siendo algunas de ellas referidas al futuro humano. El género apocalíptico, cuyos antecedentes proféticos los podemos situar en *Ezequiel* o *Zacarías*, se desarrolló en la obra de *Daniel*, y sobre varias obras apócrifas en las cercanías de la era cristiana.

El *Apocalipsis* está repleto de múltiples valores simbólicos, y su influencia recorre laberínticos tránsitos ya desde dentro o hacia fuera de la cultura occidental. Recomendando releer, detenidamente, el citado *Apocalipsis*; en la *Biblia de Jerusalén*, págs. 2795-2823.

5) La primera versión cinematográfica, importante, pertenece al director Rex Ingram, quien tuvo a su cargo la producción de la M. G. M., protagonizada por Rodolfo Valentino, Alice Terry y Nigel de Brulier: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1921).

Visionar con calma y una botella de buen brandy -o dos-, asimismo, las cintas del genial Ingmar Bergman tituladas, *El séptimo sello* (1957), *Fresas salvajes* (1957), *El rostro* (1958), *El manantial de la doncella* (1959), *Como en un espejo* (1961), *Los comulgantes* (1962), y *El silencio* (1963) -las tres últimas van, precisamente, “del silencio de Dios”-.

También es rematadamente oportuno, ahora con una botella de whisky escocés añejo, el visionado de *Apocalypse now* (1979), de Francis Ford Coppola, quien dirigió a cuatro estrellas irrepitibles en esa cinta atormentadamente despiadada: Marlon Brando, Robert Duvall, Martin Sheen y Dennis Hopper. Y sin ser exhaustivo, por último la visión de otro maestro, llamado Stanley Kubrick, en la cinta *La chaqueta metálica* (1987).

Datos de mi propia DVDtk (filmoteca en formato video disco numérico) y de la *Guía del video-cine* (varias págs., para confirmar fechas de realización).

6) Tomado del *Apocalipsis*, 6, 8.

7) Gustav Seibt en su artículo *Curiosidad morbosa ante el horror* referido a las violaciones que sufrieron las mujeres alemanas por los miembros del ejército rojo soviético lanzados a la conquista de Berlín, finales de la II G. M., pág. 46, revista *Humboldt*, número 140.

tivamente, a la papelería de reciclaje, y, a ser posible, sin tempestades metálicas por favor. Luego hay que recordar vaciarla, no vaya a ser que el endiablado demonio enrede. Los horrores, opino, no merecen ser desnudados; sólo la hermosa piel humana lo merece, y es de agradecer, en playas deshabitadas, verdes praderas, marítimos lugares soleados, piscinas privadas o públicas, guateques inexpertos, pulcras saunas despreocupadas o sobre catres desarbolados.

Arbolemos todo el trapo. Sopla un levante intenso, salvaje tal vez, y aprovecharlo hay que. No nos rendirá el desánimo; esperémoslo. Viviremos tranquilamente *Las mil y una noches* (1974)⁸, al paio. Como es bien sabido por casi todos, tras la tempestad viene la calma, y tras ésta, otra tempestad, aún peor que la anterior. Proa al viento, como marcan los cánones, y a navegar como si nada aconteciera por las turbadas aguas oceánicas.

A ciertos tipejos habría que aplicarles penas -por los torvos actos torturadores cometidos- implacables, durísimas, inmensas, *Sin perdón* (1992)⁹ y de por vida. Pero, en el real mundo, realmente gana el malo o, en su defecto, sale ileso del contumaz proceso judicial completado sobre él. Parece que normalmente sucede así por la impúdica política implícita en los “progres” sistemas legislativos pseudoliberales actuales. No conviene olvidar que antes *La muerte tenía un precio* (1965)¹⁰ y ahora tiene otro muy distinto; simples cuestiones del mercado de valores. Toda una enorme dinámica de ofertas y demandas, sin valores. ¿Valioso vil metal?

Diríase que la cultura necesita del amor al prójimo, tanto para funcionar normalmente, como para afirmarse, desarrollarse y difundirse. En el odio, la crueldad y la violencia, probablemente, se disuelven tanto la razón como el sentido de la realidad, de la justicia o de la propia vida. Aparece ya como primeramente “ridículo”, pero es lícito y recomendable amar a todo bicho viviente, amar a los enemigos incluso, para sobrevivir y mantener una mínima dignidad. Las cámaras oscuras del alma¹¹ también merecen ser iluminadas. Iluminadas por las miradas oportunas de artistas cazadores de luces fugaces. Y las capturas, las miradas detenidas, las caricias visuales de los artistas, las imágenes recogidas merecen, por ello, ser leídas con primorosa atención, falta de velocidad y suficiente parsimonia en la decodificación de esos registros miméticos cargados de elocuencias.

Elocuencia como herramienta fundamental de todo discurso templado y seguro. Seguro que no erraremos al sacar toda pacífica fotografía con una tarjeta de memoria que tenga suficiente y verdadera memoria disponible. Siguiendo al maestro Heidegger, encontramos que¹²

Teniendo en cuenta la delimitación recién alcanzada de la esencia de la obra, según la cual en la obra está en obra el acontecimiento de la verdad, podemos caracterizar el crear como ese dejar que algo emerja convirtiéndose en algo traído delante, producido. El llegar a ser obra de la obra es una manera de devenir y acontecer de la verdad. En la esencia de la verdad reside todo.

Todo reside en la verdad esencial. Y los artistas lo saben muy bien, a lo largo de los años vividos y por vivir, a lo ancho de las obras construidas y en proceso de construcción. Quedan muchos sonetos por es-

8) Ese año Pier Paolo Pasolini adaptó la historia a su particular modo de hacer cine. Otra versión curiosa es la de John Rawlins en 1942.

9) Toda una obra esencial del cine de finales del pasado siglo, género del Oeste, dirigida y protagonizada por el doctor, o “el bueno”, o “el sucio”, Clint Eastwood.

10) Uno de los máximos exponentes del “spaghetti-western”, rodada en el ya nada desértico desierto de Tabernas en Almería, de Sergio Leone. A sus órdenes cuatro vaqueros míticos: Eastwood, Van Cliff, Volonte y Pistilli. La banda sonora, también ya todo un mito musical, de un joven genio llamado Ennio Morricone.

11) Revisar el artículo de Caroline Fetscher, en la revista *Humboldt*, n° 141, págs. 60-62, titulado *Imágenes ocultas en las oscuras cámaras del alma*.

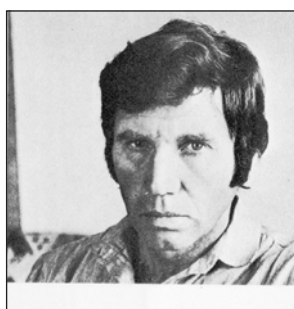
12) Martin Heidegger en su sereno libro *Caminos de bosque*, págs. 49-50.

cribir, afortunadamente. Queda la calma, la paz, y *El gran silencio* (2004)¹³. La difusa fe mantiene las rodillas cargadas del peso del paso del tiempo¹⁴.

Démosle tiempo al tiempo. Y produzcamos -arte y sólo arte-. Es verdad en esencia. Y el arte surge a pesar de todo, a pesar de todos los pesares y hasta de las cenizas del infierno. *Dos hombres y un destino* (1969)¹⁵, dos caballeros y un destino: Donald Mc Cullin y Paolo Pellegrin en la fotografía de autor que recita sonetos ágiles y solemnes, en blancos sucios, grises turbios y negros negrísimos, sobre la violencia desmedida.

3.- Bosquejo de la vida de Donald

Conozcamos, un poquito mejor, a nuestro primer protagonista: Donald Mc Cullin, llamado. Un tipo fino y, sin duda, duro; durísimo. E inglés. Un cóctel metálico con cubitos de hielo fundiéndose a cada turbio sorbo. Ayer *El guateque* (1968)¹⁶, hoy *La caza* (1965)¹⁷, y algunos llantos por verter.



Don Mc Cullin, 1980 (desconozco autoría).

Nacido en St. Pancras, Londres, el año 1935. Del cuarenta y cuatro al cuarenta y nueve, aproximadamente, acude a la escuela secundaria en su londinense ciudad natal¹⁸. En esta época de imberbe inexperto vital empieza a hacer sus primeros pinitos en el entorno de las artes plásticas, concretamente en el dibujo, consiguiendo, incluso, una beca¹⁹ para mejorar su técnica en el manejo del lápiz, las luces y las penumbras. Sus condiciones vitales, las de su familia entera, son un tanto precarias. Su padre padece asma crónico -que le llevaría a una lenta y penosa muerte, sin perder nunca la dignidad ni un cierto desprecio, e indiferencia, hacia la pobreza que él mismo padecía- y representa, sin dudas ningunas, el modelo a seguir para el joven luchador Don. La vida es dura pero lo es más, aún, cuando has perdido a tu padre de manera tan desoladora e impotente.

13) Una de las insignes obras maestras del cine europeo del siglo XXI, cuyo autor, Phillip Gröning, nos introduce irremediablemente, hasta el alma y en un estricto silencio durante los 162 minutos de plenitud espiritual de la obra, en la vida de un monasterio de la orden fundada por San Bruno de Colonia en el año 1.084, los cartujos. Esta cinta merece ser visionada sin ingesta de alcohol alguna; ninguna copa, ni trofeo, ni obstáculo...

14) Releer el artículo de Volkhard Krech, titulado *Una fe difusa. ¿Asistimos a un regreso de la religión?*, en *Humboldt*, nº 144, págs. 14-15.

15) Otra famosa del Oeste, con George Roy Hill dirigiendo a Paul Newman, Robert Redford y Katherine Ross, en ese inigualable trío amoroso.

16) Comedia desternillante de Blake Edwards en la que el actor protagonista, Peter Sellers, no deja de hacer el indio en todas sus disparatadas e hilarantes escenas.

17) Firmada por Carlos Saura, dirigiendo a cuatro actores de peso: Alfredo Mayo, Ismael Merlo, José María Prada y Emilio Gutiérrez Caba.

18) Datos tomados de *Donald Mc Cullin*, vol. 20 de *Los grandes fotógrafos*, pág. 62, de *Histoire de voir*, vol. 42 de la colección *Photo Poche*, pág. 38, y de www.fotoperiodismo.org.

19) Beca del la Hammersmith School of Arts and Crafts, año 1949-50.

Ya en la década de mediados del siglo corriente, comienza a manejar, experimentar y ordenar ideas, sobre su primera cámara fotográfica, una *Rolleicord*. No obstante, su aprendizaje fotográfico como laborante y tirador de copias finales lo desarrolló en su enrolado servicio militar previo. Ese largo e intensivo aprendizaje acabará llevándole, arrebatadamente, al mundo editorial: *The Observer* publica su primer trabajo²⁰ en el año cincuenta y nueve. No dejará de aprender en cada trabajo encargado por los principales diarios londinenses a los que prestará sus servicios en esos turbulentos años.

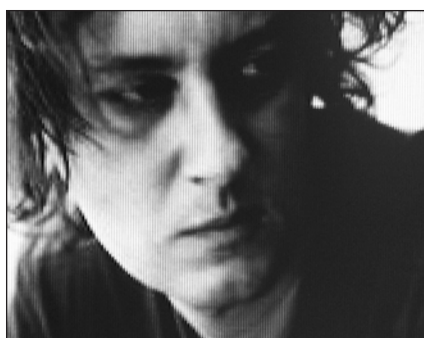
Años sesenta. Otra época memorable, con escarabajos y chicas guapas agitando sus redondeados cuerpecitos lindos. Y Don cayó enamorado, de la moda juvenil y, de una chica con la que acabaría casándose en el año 1961. Marcha a una despiadada capital germana fragmentada, para fotografiar la dolorosa construcción del muro de Berlín. Luego infinidad de trabajos importantes, entre los que cabe destacar el primero que realizó con su fiel Pentax, de 35 mm., en los disturbios de Chipre en el sesenta y cuatro.

Premios, exposiciones y demás laureadas²¹. Y acontece un hecho relevante: Don resulta herido, de consideración, en la grotesca guerra de Camboya, corriendo el año, del Señor, señalado con el número setenta. Ello le inclinará a replantearse ciertos aspectos de su azarosa y frágil existencia. Y el primer año de la séptima década del vigésimo siglo publicará su primer libro, titulado *The destruction business* (1971)²². Trabajó para “la agencia” -la prestigiosa Magnum- un corto período de tiempo -año 1967-, pero, al no encontrarse a gusto con los términos de la empresa, la abandonó para seguir su habitual trabajo “por libre”. Y, a tenor de los resultados obtenidos en todas estas décadas, no fué una errática elección.

Donald Mc Cullin se autodefine, a menudo, como un “fotógrafo de guerra” al uso, pero frecuentemente se ha visto involucrado en tareas otras. Un diestro trabajador de los químicos, de las cubetas y tanques de revelado, del cuarto de la luz roja y del selenio conservador. Su producción es vasta, amplia y variada, tocando desde fotos para discos hasta fotoperiodismo de barrio o retratos clásicos -en blancos, grises y negros, por él mismo procesados-.

4.- Bosquejo de la vida de Paolo

Y ahora conozcamos, otro poquito, a nuestro otro protagonista: Paolo Pellegrin llamado. De toda la *Guerra y paz* (1967)²³ del alma, a la calma plena romana.



Paolo Pellegrin (desconozco autoría y fecha de la toma).

20) Titulado “The Governors -gub’ners- of Seven Sister Road”, el día 15 de Febrero.

21) Revisaremos a volapluma el amplio listado en el punto cinco, referido a la obra fotográfica de Mc Cullin.

22) O “el pingüe negocio de la destrucción”.

23) Obra descomunal del ruso Serguei Bondarchuk, sencillamente impresionante. Hay otra cinta anterior, más conocida, dirigida por King Vidor en el cincuenta y seis, adaptando el clásico de Tolstoi.

Un hombre de sangre mediterránea, caliente a ojos vista, venido al mundo, por la gracia de su madre y el significativo aporte de su padre, en la capital italiana en el año sesenta y cuatro²⁴. Es decir, cuando él nace, su colega inglés ya lleva algunas batallas sobre los hombros.

Paolo es un hombre respetuoso con su trabajo, con lo que fotografía y con las personas a las que detiene en variados lugares del mundo arrancados de la realidad por conflictos diversos.

Está contratado por la revista Newsweek, pero su principal ocupación formal y preocupación moral, de peso y reconocido prestigio, son sus libros. Ingresó como candidato en Magnum Photos en el año 2001, siendo miembro de pleno derecho desde el 2005.

A pesar de pisar el mundo que pisa y de ver lo que ve -Pellegrin ha fotografiado en lugares como Kosovo, Camboya, Darfur, Líbano, Afganistán, entre otros lugares calentitos-, en su durísimo trabajo, Paolo es, en el mejor sentido del término, *El hombre tranquilo* (1952)²⁵ con cámara de fotos al cuello...

5.- Notas acerca de la obra fotográfica de Mc Cullin

Entremos en materia. En materia gris, negra y blanca. La extensa obra fotográfica de Don Mc Cullin. Sin temores ante *La muerte y la doncella* (1994)²⁶. La cámara mecánica está oportunamente cargada y dispuesta para la acción, el índice diestro sobre el disparador -que no mata pero registra- y la mirada en el drama real. Estar, ser y registrar, sin perder el Sur de vista.

Todo el *Grupo salvaje* (1969)²⁷, está preparado. La acción, violenta bastante, se desarrollará en pocos instantes. La mirada, ajustada a dicha acción, al entorno y a los actores principales y secundarios del reparto, busca su momento de redondez plena o de cúbica integración. Ojos adiestrados, corazón sensible, ágiles dedos y alma errática, hállanse entonces interconectados en un equilibrio difícil de alcanzar en situaciones otras. Cuando caiga el telón de ese dramático acto irreplicable, la caza habrá concluido con éxito inseguro y sin disparar un tiro, sólo usando una cámara fotográfica mecánica, cargada con un rollo, y otro, y otro, y otro más de la plateada *Tri-X 400*.

Donald tuvo que dejar su excelente *Rollei*, para pasarse a la experiencia del 35 mm., ágil, ligero y manejable, e ideal para las fotografías de acción que serían su profesión durante años. Un cambio sin problemas mentales, ni manuales, sólo económicos. Su herramienta de trabajo pasó a ser una dura Pentax (llevando dos cuerpos, por si acaso uno se bloqueaba), mecánica y sin exposímetro incorporado, tres ópticas luminosas, un objetivo de 28 mm., otro de 35 mm., y un tele corto, liviano y de gran apertura de 135 mm. Tales aparatos, metal y cristal, requieren destreza, seguridad y precisión perfecta en su manejo. Llevaba siempre un exposímetro de mano, con el cual realizaba precisas mediciones de las zonas más conflictivas, a nivel de dinámica de la exposición -a pesar de la ancha latitud de la película B/N utilizada, que él mismo se encargaba de revelar-, zonas extremas de difícil compromiso lumínico.

Era todo un laborante, sin reparos y con orgullo manifiesto por ello. Su trabajo partía del acto decisivo de la toma y concluía, muchísimas horas después, en el procesado químico de los rollos expuestos y en el tiraje, minucioso, de las copias finales. Todo bajo el control exhaustivo del artista, desde el inicio de la plasmación de la obra hasta la obtención definitiva de la copia, para mostrar todo un trabajo consistente

24) Datos de www.magnumphotos.com.

25) Irlandesa obra del "grande" John Ford, protagonizada por John Wayne, Maureen O'Hara y Barry Fitzgerald. Una hermosísima cinta que desborda serenidad, amor y belleza, sin más.

26) Otro de mis artistas favoritos, autor de algunas obras maestras de la gran pantalla -contando a ésta cinta además entre ellas-, llamado Roman Polanski. A su cargo el trabajo de tres actores soberbios: Sigourney Weaver -descargada al fin, gracias a Roman, de la Ripley del *Alien* (1979) de Ridley Scott (octavo pasajero como toda una obra fascinante y magistral, por cierto)-, Ben Kingsley y Stuart Wilson.

27) Una firma muy reconocible, y reconocida por algunos, del cine de los sesenta y setenta: Sam Peckinpah. Actores protagonistas: William Holden, Ernest Borgnine, Robert Ryan...

y riguroso hasta el extremo. Obra de autor con el exclusivo patrocinio del trabajo perfeccionista y la dedicación plena.

Un artesano del laboratorio, con decididas intenciones expresivas y no sólo y simplemente documentales, ciñéndonos a los resultados.



Donald Mc Cullin. *La acería Concett*, 1978.

Su amplia obra fotográfica, ensanchada en el aspecto de documento de gruesa guerra, ataques despiadados o barbaries desatadas, afortunadamente no sólo se encuentra en esos aspectos de la violencia, tan apreciados por el vulgo absorto y ramplón, sino que contempla aspectos vitales de índole profundamente sensual y emotivo, pareceme. Innumerables exposiciones recorriendo todo el Viejo Continente, el Nuevo, Asia y Australia, avalan el reconocimiento internacional de su enorme trabajo fotográfico. Lo mismo con los innumerables premios internacionales de prestigio acumulados, dentro y fuera del mundo fotográfico.

Su capacidad abstrusa, recóndita, difícil, recogida, decidida de sugerir incomprensibles y profundos sentimientos primarios, merece una lectura muy lenta y meditada de su ancha obra, sin complejos ni ridículas vergüenzas. Si no, que se lo digan al bebé -ya todo un treintañero de futuro profesional prometedor- del cochecito de arriba...

La descomunal capital del Imperio, la sede metropolitana por excelencia, el ombligo de las líneas comerciales intercontinentales, el centro de la cultura occidental por definición -con permiso de Berlín, París, Roma, Lisboa, Praga, Viena o San Petersburgo-, Londres, y su corte sin cortes, contempla a autores de prestigio insolente entre sus fotógrafos históricos del siglo pasado, y del actual, entre los que sin compromisos bobos encontramos el nombre de Don. El señor Donald Mc Cullin, de profesión fotógrafo de guerras -¿o pintor de batallas?-.

6.- Notas acerca de la obra fotográfica de Pellegrin

Más negros, blancos y grises precisos²⁸. Ahora, la obra fotográfica de Pellegrin. Las fotografías de don Paolo, en admirado silencio. Como en *Solaris* (1972)²⁹, todo no es lo que parece.

28) Paolo Pellegrin tiene una extensa obra fotográfica realizada en color, pero me parece, por cierto, más arrebatadoramente atractiva su obra en B/N.

29) Seguimos con maestros del cine. Ahora el discurso complejo del perseguido -uno más de los cientos de miles que hubo- por el

La obra fotográfica de Pellegrin, donde mejor puede admirarse es en su amplia bibliografía. Citaré algunos títulos, que considero dignos de estar en cualquier biblioteca que se precie y aprecie: *Bambini* (1997), *Camboya* (1998), *Kosowo* (1999), *L'Est lá au dela* (2001), *El vuelo de la razón* (2002), *Double blind* (2007), *As I was dying* (2007). No olvidemos, tampoco, su amplia obra publicada en diversas revistas europeas y americanas. Un trabajo denso, incuestionablemente complejo y de muy difícil acercamiento para públicos no iniciados. Su evolución vital, los encuentros con la muerte -ajena, parece por ahora-, su estilo reconocible aún con poca luz ambiental, las experiencias placenteras y aquellos asuntos que es mejor no tocar, definen su firma. Una firma asentada en el documentalismo tradicional pero que, objetivamente, ha abierto nuevas líneas de expresión de lo que se define como, pura y llanamente, *reportaje interior en escenarios desolados*, o así.

Despacito, caminando sin dejar de mirar dónde se ponen los pies, sin levantar polvo. El quevedesco *polvo enamorado*, se encuentra a muchos miles de kilómetros de insalvable distancia. Sólo se escuchan *Gritos y susurros* (1972)³⁰ dolidos y dolorosos. Sobre un territorio abandonado de los dioses, asolado por la violencia y desgarrado por la barbarie impía, encontramos la belleza profunda y elevada, cuasi indescifrable, de un artista del siglo vigésimo primero. Un tipo que hace fotografías del infierno y, verdaderamente, se está autorretratando sin vergüenzas, y además está retratando, en la profundidad del alma humana, a la humanidad completa, sobreviviente de sí misma y de lo inenarrable. Todo un denso y profundísimo reportaje interior realizado en las condiciones más insospechadas e inimaginables padecidas por los hombres. O eso, respetuosamente, se me deja vislumbrar de veras, al leer sus atormentadas imágenes del alma.

La serena voz de Paolo Pellegrin³¹ nos servirá de apoyo en la lectura de su obra fotográfica de la presente década, del presente siglo, del presente milenio: "Cuando llevo a cabo mi trabajo, estoy expuesto al sufrimiento de otros: la pérdida que han sufrido o, en ocasiones, su propia muerte. Tengo la sensación de que hago las veces de testigo; de que tengo el deber de crear un registro para nuestra memoria colectiva. Parte de todo esto guarda relación -creo- con el concepto de responsabilidad. (...). Pero también tengo la sensación de que en ese frágil y delicado espacio que envuelve a la muerte, el espacio en el que en ocasiones tengo tanto el privilegio como la carga de entrar, existe la posibilidad de un encuentro con el otro capaz de trascender las palabras, la cultura y las diferencias. (...): en la muerte del otro hay una pérdida que nos pertenece a todos."



Paolo Pellegrin. *Escalera en el antiguo barrio islámico*, El Cairo, 2006.

régimen comunista soviético, el ensayista y cineasta Andrei Tarkovski.

30) Volvemos a encontrarnos con el sueco de oro del cine europeo: Ingmar Bergman. Para visionar esta cinta recomiendo tener a mano una botella de buen vodka y un vasito pequeño.

31) Del único texto -en la contraportada- de su libro, obra genial del presente siglo vigésimo primero, *As I was dying*.

A todos nos pertenece la vida, las vidas. Sólo es la antigua escalera de un barrio cualquiera, en cualquier tiempo. Una escalera hacia el cielo o una escalera para escapar del infierno. Una escalera encajonada por presiones fatídicas, bajas pasiones y maliciosas sombras de las almas humanas. Bajar por sus sucios y gastados peldaños puede ser tal que encontrarse con el odio más feroz jamás imaginado. Imagínenlo. O mejor que no; nos lo susurra, sin tosquedad ni ahogos, el bueno de Paolo. Ojalá que podamos subirla raudos y sin torpes tropiezos. Seguir ruta, sonreír, tomar un café con los camaradas y continuar la lucha vital sin hacerle daño al hermano, al abuelo o al infante. Y nada hay más que añadir. Toda pérdida es nuestra; y todas las vidas son insustituibles.

7.- Pacíficos términos avenidos

Merecemos un soberano *Castigo de Dios* (1927)³² por lo acontecido en cada imagen violenta recogida por los artistas del tiempo detenido. Muchas llegarán pero no serán ni parecidas, al deberse a firmas otras. Y llegados acá, salvos y sanos, todo parece brillar de forma menos sombría. Casi puedo decir que *Me siento rejuvenecer* (1952)³³ pacíficamente.

Términos pacíficos, al fin. Concluimos sin conclusiones majestuosas. La discreción es siempre signo de buen gusto, y nos gusta gustar, qué duda cabe. No cabe duda que la palabra castellana, exactamente ajustada y avenida, puede apaciguar las almas todas. Pacíficos seamos entonces y admirados ante tamaña voz hispana; recita, en la distancia temporal, Don Francisco de Aldana (1567-1578), quien toma la palabra y cierra sin suerte avara:

*¿Cuál es la causa, mi Damón, que estando
en la lucha de amor ambos trabados
con lenguas, brazos, pies y encadenados
cual vid que entre el jazmín se va enredando,*

*y que el vital aliento ambos tomado
en nuestros labios, de chupar cansados,
en medio a tanto bien somos forzados
llorar y suspirar de cuando en cuando?*

*Amor, ni Filis bella, que allá dentro
nuestras almas juntó, quiere en su fragua
los cuerpos ajuntar también tan fuerte*

*que no pudiendo, como esponja en agua,
pasar del alma al dulce amado centro,
llora el velo mortal su avara suerte.*

Ahí queda eso; mortal velo que no es poco, pardiez.

32) Una cinta, poco recordada tal vez por ser muda, del cineasta español Hipólito Negre. No he tenido todavía, por desgracia, el placer de visionarla.

33) Para cerrar, una chispeante comedia del maestro Howard Haws, con un ajustado, precioso y preciso reparto que da vida a unos diálogos dignos de ser enmarcados: Cary Grant, Ginger Rogers, Charles Coburn y una jovencita e inexperta Marilyn Monroe.

BIBLIOGRAFÍA

- Colección Photo Poche. Editions Nathan. París.
- 38. De la photographie comme un des beaux-arts.
- 53. Don Mc Cullin.
- 69. Magnum Photos.
- DE LUNA, Giovanni. *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*. 451 editores. Madrid, 2007.
- Donald Mc Cullin. Colección los grandes fotógrafos, vol. 20. Orbis. Barcelona, 1983.
- HEIDEGGER, Martin. *Caminos de bosque*. Alianza universidad. Madrid, 1995.
- PELLEGRIN, Paolo. *As I was dying*. Lunwerk. Barcelona, 2007.
- UNAMUNO, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida*. Alianza. Madrid, 1995.

Revistas:

- Humboldt*. Bonn. Números: 140, 141, 144.
- Ojo de pez*. Madrid. Numero 8.

Recursos electrónicos:

- www.magnumphotos.com
- www.fotoperiodismo.org
- www.pixelicia.com
- www.camarasdeclores.com